130. Si logras las promesas, reinarás. Piensa esto y soportarás alegremente la pobreza del presente.

131. No rehúyas la pobreza y la tribulación, pues son el alimento de la oración ingrávida.

132. Que las virtudes del cuerpo te ayuden a adquirir las del alma; las del alma a las del espíritu; y estas últimas, a la gnosis inmaterial.

133. Cuando ores, si los pensamientos fácilmente se apartan de ti, mira de dónde proviene esto, no sea que caigas en una emboscada y te traiciones a ti mismo por haberte equivocado.

134. Sucede a veces que los demonios te sugieren pensamientos, incitándote a la vez a que ores contra ellos y los combatas. Entonces ellos se retiran espontáneamente. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que ya has comenzado a vencer los pensamientos y a atemorizar a los demonios.

135. Si oras contra una pasión o contra un demonio que te atormenta, acuérdate de aquel que dijo: "Perseguiré a mis enemigos, los alcanzaré, no me detendré hasta haberlos vencido; los quebrantaré y no podrán rehacerse y sucumbirán bajo mis pies" (S 17, 38-39), etc. Esto dirás en el tiempo oportuno, armándote de humildad contra los adversarios.

136. No creas que has alcanzado la virtud antes de haber luchado por ella hasta derramar sangre. Es necesario oponerse a muerte al pecado, luchando de un modo irreprensible, como dice el Apóstol.

137. Cuando hayas hecho un bien a alguien, otro vendrá a hacerte mal para que la injusticia te haga defeccionar o cometer algún traspiés, disipando malamente lo que en buena ley habías juntado. Esto es lo que persiguen los perversos demonios, por eso hay que estar sabiamente atento.

138. Prepárate para recibir los asaltos de los demonios que vienen a la carga, pensando cómo vas a hacer para aludir su servidumbre.

139. De noche, los demonios intentan turbar por sí mismos al maestro espiritual. De día se sirven de los hombres para asediarlos con dificultades, calumnias y peligros.

140. No escapes de los bataneros porque éstos hieren al pisar y desgarran al estirar. Piensa que por este medio se vuelve limpia y clara tu sensibilidad.

141. Mientras no renuncies a las pasiones y tu espíritu continúe oponiéndose a la virtud y a la verdad, no podrás hallar en tu seno el perfume de agradable olor.

142. ¿Quieres orar? Sal de aquí y ten tu morada en los cielos. Pero no sólo con palabras sino con la praxis angélica y con la gnosis divina.

143. Si solamente en el tiempo de la adversidad te acuerdas del Juez y de qué terrible e insobornable es, no has aprendido a servir al Señor con temor y a gozar de El con temblor (S 2, 11). Debes saber que en el tiempo de las alegrías y consuelos espirituales hay que rendirle culto con mayor piedad y reverencia.

144. Es un hombre sabio aquel que, antes de haber alcanzado su perfecta conversión, no abandona el recuerdo doloroso de sus propios pecados y del castigo del fuego eterno que ellos reclaman.

145. Aquel que todavía sufre el impedimento de los pecados o de los accesos de ira, y pretende descaradamente alcanzar el conocimiento de las cosas divinas y, aun, la oración inmaterial, merece la censura del Apóstol que le advierte que es peligroso para él orar con la cabeza descubierta y sin velo: "Debe ésta —dice— tener una señal de sujeción en su cabeza, por la

presencia de los ángeles" (1 Cor 11, 10), envolviéndose en el pudor y la humildad apropiadas.

146. Como de nada aprovecha al que está enfermo de los ojos el mirar firmemente el sol cuando brilla con más fuerza en pleno mediodía, así de nada aprovecha al espíritu dominado por las pasiones e impuro imitar la terrrible y espléndida oración en espíritu y en verdad, sino que, más bien, provoca contra él la indignación divina.

147. Si el que fue al altar llevando una ofrenda, no fue admitido por Aquel que nada necesita y que es insobornable hasta que se reconciliase con su prójimo ofendido, mira qué cuidado y que discreción son necesarios para ofrecer a Dios un incienso que le agrade en el altar espiritual.

148. No seas locuaz ni busques la gloria, de lo contrario, no sobre la espalda sino sobre tu rostro ararán los pecadores (cf. S 128, 3). Seducido y arrastrado por pensamientos extraños, les servirás de diversión en el tiempo de la oración.

149. La atención que se esfuerza por alcanzar la oración hace hallar la oración. Si hay algo que lleva a la oración, es esta atención. Es necesario, pues, aplicarse a ella.

150. Como la vista es el más noble de los sentidos, así la oración es la más divina de las virtudes.

151. La bondad de la oración no proviene simplemente de su extensión sino de su calidad. Esto lo demuestra la parábola de los dos hombres que subieron al templo (Lc 18, 10 y sig.), y también aquellas palabras: "Cuando oréis no habléis mucho, etc" (Mt 6, 7).

152. Mientras te preocupes de cómo está tu cuerpo, y tu espíritu ande solícito tras las cosas agradables de la tienda, todavía no has visto el "lugar de la oración", sino que está muy lejos de ti el feliz camino que conduce a ella.

153. Cuando tu oración sea para ti tu mayor alegría, entonces habrás hallado verdaderamente la oración.

SAN ARNOBIO DE SICCA (s. IV)

Fue profesor de retórica en Sicca (Africa) y convertido al cristianismo compuso una apología en siete libros, titulada "Adversus nationes".

¡Oh sublime y altísimo Procreador de todas las cosas visibles e invisibles! ¡Oh Tú, que eres invisible y que no has sido comprendido jamás por las naturalezas creadas! Alabado seas: seas verdaderamente alabado —si es que labios manchados son capaces de alabarle.

A Ti, toda la naturaleza que respira y entiende, jamás debería cesar de dar gracias. Ante Ti, durante toda la vida deberíamos orar de hinojos y presentar sin cesar nuestras peticiones y súplicas. Porque Tú eres la causa primera, el lugar y el espacio de las cosas creadas, la base de todas las cosas, sean cuales fueren.

Tú solo eres infinito, ingénito, perpetuo, eterno... Para entenderte hace falta guardar silencio; y para poder adivinar algo de Ti... hay que (escucharte en la oración) evitando hasta el más leve murmullo (1, 31).

SAN EPIFANIO (m. 402)

San Epifanio, Obispo de Salamina, nació en Palestina, de padres judíos, por los años 310. Convertido al cristianismo fue monje amigo de San Hilarión. Elegido Obispo de Salamina hizo un viaje a Roma acompañado de San Jerónimo para asistir al concilio convocado por el Papa San Dámaso. Vuelto a Salamina compuso varios tratados muy importan-

tes, siendo los principales el "Ancora" *y el* "Anacoratus", *o botiquín contra las herejías. Es tan importante este santo padre que algunos autores lo incluyen entre los Doctores de la Iglesia (PG 41-43).*

1. El verdadero monje, debe orar sin intermisión...

2. Dice el Apóstol: *"Haced en todo tiempo con espíritu, continuas oraciones y plegarias (Ef. 6, 18); Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).* Aunque el Apóstol San Pablo nos manda que oremos *siempre,* con todo, debemos tener señaladas ciertas horas para orar, por si alguna vez estuviésemos ocupados en otras obras, la hora señalada nos llame a cumplir con la oración.

Debemos orar en prima, tercia, sexta, nona y vísperas. No debemos comer sin hacer primero oración, ni debemos dejar la mesa sin dar gracias al dador de todo.

En las noches nos debemos levantar dos y hasta tres veces a orar, y durante la misma debemos meditar en la Sagrada Escritura.

Armense con la oración los que salen de casa, y vuelvan a hacer en casa oración los que vuelven de la plaza.

Antes de entregarse al descanso, hágase oración, y antes que se apaciente el cuerpo, debemos apacentar el alma (De Scriptar Ercl y ad. Eustaquia).

3. *Oremos por los herejes*

En cuanto a vosotros, hermanos, yo os exhorto a orar por ellos y a decir con palabras del profeta: ¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis ojos fuentes de lágrimas para llorar día y noche a los heridos de la hija de mi pueblo? (Ter, 9, 1).

Supliquemos a la misericordia del Señor los libre del error en que están encadenados y truequen por amor el odio con que ahora se enfurecen contra nosotros (Epist. 98 a Teófilo).

4. *La oración en el seno de la familia*

Lleva de tal manera la solicitud de tu casa, que des también alguna vacación a tu alma. Escoge un lugar oportuno y un tanto apartado del estruendo de la familia. Acógete a él como a un puerto, como quien sale de una gran tormenta de preocupaciones. Calma con la tranquilidad del retiro las olas de los pensamientos que excitan los asuntos de fuera. Pon allí tanto empeño en la lección divina, sucédanse tan frecuentes tus oraciones, sea tan firme y denso el pensamiento de la vida futura, que fácilmente compenses con esta vocación todas las preocupaciones del tiempo restante (Epist. 148 a Celantia).

5. *Como alimentamos el cuerpo, debemos alimentar el alma*

Ya sabes que el alimento del alma cristiana es meditar día y noche en la Ley del Señor (Epist. 5 a Florentin).

6. *No os dejéis engañar*

Se refutan los errores de los herejes que niegan la necesidad del auxilio divino para poder cumplir los mandamientos.

Es así que de tal modo ponen la gracia de Dios, que no nos esforzamos y seguimos por su auxilio en cada una de las obras, sino que lo refieren al libre albedrío y a los preceptos de la ley, para lo que alegan aquello de Isaías: Porque Dios dio la ley para ayuda (Is. 8, 20). De modo que (según ellos) hay que dar gracias a Dios de habernos creado tales que podamos a nuestro albedrío escoger lo bueno y evitar lo malo.

Y no se percatan al hablar así que por su boca silba el diablo una blasfemia insoportable. Y es así que, si la gracia de Dios se cifra en que nos creó con propia voluntad y nos contentamos con el libre albedrío, (resulta que) ya no necesitamos su auxilio. Pues de necesitarlo, se quebraría el libre albedrío. Y así se sigue que ya no tenemos necesidad de orar para nada, ni de tratar de ablandar con súplicas la misericordia divina para recibir cada día lo que una vez recibido tenemos ya en nuestro poder.

7. Tales hombres suprimen la oración, y por el libre albedrío se jactan de haber sido hechos no hombres de propia voluntad, sino del poder de Dios, que no necesita de la ayuda de nadie...

El que esto dice ¿qué blasfemia no profiere? ¿Qué veneno que sobrepuja al de todos los herejes? Afirman que, por el libre albedrío, ya no necesitan a Dios para nada, e ignoran que está escrito: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido ¿a qué alardeas como si no lo hubieras recibido?* (1 Cor. 4, 7) ¡Da a Dios muchas gracias el que por el libre albedrío es rebelde contra Dios!

También nosotros lo admitimos de buena gana, pero sólo a condición de dar siempre gracias al Señor y saber que nada somos si El mismo no guarda en nosotros lo que nos dio, como dice el Apóstol: *No es cosa del que quiere ni del que corre, sino de Dios que se compadece* (Rm. 9, 10).

8. El querer y el correr es mío; pero lo mismo que es mío no lo sería sin el auxilio de Dios. Y es así que dice el Apóstol: *Dios es el que opera en vosotros el querer y el acabar* (Fil. 2, 13).

Y el Señor en el Evangelio: *Mi Padre trabaja hasta ahora, Yo también trabajo* (Jn. 5, 7).

9. El es siempre generoso. El da siempre. No le basta que me haya dado una vez; tiene que estar dándome siempre. Pido para recibir, y, ya que he recibido, pido de nuevo. Soy avaro para recibir los beneficios de Dios. Ni El se cansa de dar ni yo me canso de recibir. Cuanto más bebo, más sed tengo, pues he leído que canta el salmisma: *Gustad y ved lo dulce que es el Señor* (Sal. 33, 9).

10. En cuanto a los que caraquean en todos los tonos diciendo que nosotros destruimos el libre albedrío, sepan, por lo contrario, que son ellos los que destruyen la libertad del albedrío al abusar de él contra el beneficio del que se lo ha dado. ¿Quién destruye el albedrío: el que da siempre gracias y cuanto fluye en su riachuelo lo refiere a la Fuente, o el que dice: *Apártate de mí porque soy limpio* (Is. 65, 5), no tengo necesidad de Ti? Me diste

una vez por todas el libre albedrío, la libertad de albedrío, para que haga lo que me diere la gana. ¿A qué entrometerte de nuevo, de modo que nada pueda hacer si tú no completas en mí tus dones? Fraudulentamente poner por delante la gracia de Dios para referirla a la condición del hombre y no requerir en cada obra el auxilio de Dios, para que no parezca, claro está, que pierde el libre albedrío...

11. De balde blasfemas y sugieres a los oídos de los ignorantes que nosotros condenamos el libre albedrío. Sea condenado quien lo condene. Por lo demás, los hombres nos diferenciamos de los brutos animales en que hemos sido creados con libre albedrío; pero como ya he dicho, el albedrío se apoya en el auxilio de Dios y necesita en todo momento de su ayuda, cosa que vosotros no queréis. Para vosotros, el que una vez ha recibido el libre albedrío, ya no necesita que Dios le ayude. El libre albedrío hace la libre voluntad, pero no hace a nadie un Dios que no necesite de ayuda alguna... (Epist. 133 a Clesifonte).

12. *También debemos orar por los difuntos*

Respecto al rito de leer los nombres de los difuntos (en las misas) preguntamos: ¿Qué cosa puede darse más útil que ésta? ¿Qué cosa más provechosa, más admirable y más a propósito para que todos los presentes crean que los difuntos están vivos todavía y que no han dejado de existir, sino que existen y viven al lado del Señor? Con esto se profesa el dogma piadoso de que aquellos que oran por sus hermanos difuntos, abrigan la esperanza de que viven y de que sólo casualmente se hallan lejanos. Y su oración ayuda a los difuntos, aunque por ella no queden borradas todas sus deudas... por tanto, la Iglesia debe guardar esta costumbre, habiéndola recibido como una tradición de los Padres. Porque ¿quién podría suprimir el mandato de la madre o la ley del padre?, conforme a lo que dice Salomón: *"Tú, ¡oh hijo mío!, escucha las correcciones de tu padre y no deseches las advertencias de tu madre" (Prov. 1, 8).*

Con esto quiso enseñar el Padre, es decir, el Dios unigénito y el Espíritu Santo, tanto por escrito como sin escritura nos ha

dado doctrinas, y que nuestra Madre la Iglesia nos ha legado preceptos que son indisolubles y definitivos (Haeres., 76, 89).

13. Un abad mandó decir a Epifanio: "Gracias a tus oraciones no hemos descuidado la Regla. Hemos rezado cuidadosamente tercia, sexta, nona y vísperas", y éste le contestó: "Veo que hay horas en las que dejáis de hacer oración. El verdadero monje debe orar sin interrupción, o al menos, salmodiar en su corazón" (Sentencias de los Padres del Desierto. Desclee, p. 202).

14. *María sobrepuja toda alabanza y es nuestra puerta para entrar en el cielo.*—¿Qué diré o cómo hablaré de la ilustre y santa Virgen? Ya que, después de Dios, Ella es superior a todos; más bella que los querubines y los serafines, y que toda la milicia angélica. Por lo cual, no hay lengua que sea suficiente en la tierra ni en el cielo, para cantar sus alabanzas. ¡Oh, Virgen bienaventurada! Salve, llena de gracia y puerta del cielo... (Melús. Orar con María).

SAN JUAN CRISOSTOMO Dr. (m. 407)

San Juan Crisóstomo, el "boca de oro" como le llamaban sus paisanos, fue el más grande orador de la Iglesia griega. Cuando trataron de consagrarlo Obispo, huyó a la soledad donde se dedicó a la penitencia y a la oración, y allí escribió su tratado De Sacerdocio. *Tuvo que volver por enfermedad, y años más tarde, engañado, le llevaron a Constantinopla y allí se vio obligado a aceptar la sede episcopal de la segunda metrópolis más importante del mundo. Es el más excelso de los Padres griegos y una de las figuras más simpáticas de la antigüedad cristiana. Sus escritos son importantísimos y convincentes recomendando la asiduidad en la oración (PG 47-64).*

Por la oración se alcanza la felicidad

1. Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones, que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría, éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué clase de daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo?

Excelsa dignidad del hombre que ora

2. ¿Quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando libremente les concede tan grande honor que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es hablar con Dios. Y que como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan al ofrecer a Dios nuestras súplicas con gran temor (Ap. 5, 8), haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios, lo hagan con gozo sí, pero también con temor. Con temor, temblando no seamos dignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido. Pues de tal extraña y singular providencia se reputa el género humano, que podemos gozar conti-

nuamente de la conversación con Dios, por medio de la cual, hata dejamos de ser mortales y caducos; pues mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, por la otra, con la oración y conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

En efecto: es necesario que quien conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y así como es absolutamente precido que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, del mismo modo es necesario que quien distruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad. Pues si es imposible que los que hablan con el emperador y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tengan almas expuestas a la muerte.

La oración es la fuente y origen de la virtud

3. Pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios y el modo de obrar conforme a El.

Cierto es que la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro está que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas. Porque sea que uno ame la virginidad, sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquier otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad.

Nos conviene obedecer a Dios

4. Porque no es posible, no, que los que piden a Dios el don de la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la virginidad, no consigan lo que piden. Porque, "*pedid*, dice, *y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama a la puerta se le abrirá*" (Mt. 7; Lc. 11).

Y aun añadió de nuevo: *¿Quién de vosotros hay, que si su hijo le pide pan, le dé una piedra, ¿O si le pide un pez le dé una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dé un escorpión? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu bueno a los que se lo pidan?* (Ibíd).

Con tales palabras nos exhortó a la oración el Señor de todo lo creado, y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres. Porque el que no ruega a Dios, ni ansía gozar constantemente de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el juicio; porque ésta es la mayor señal de insensatez: el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios.

La oración es la vida del alma

Pues claro está que así como a este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma queda fétido, así cuando el alma no se mueve a sí misma a la oración, muerta está ya, miserable y corrompida.

5. Y que se deba tener por más acervo que cualquier muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran profeta Daniel, al elegir antes la muerte que estar por sólo tres días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo si en el espacio de tres *(treinta?)* días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey (Dan. 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente olvidará nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que allí han de descender a nosotros todos los bienes.

Amar la oración es señal de perfección

6. Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicador de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 27), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma, y nos persuade que reverenciemos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin la oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

Porque, ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más?

La oración nos alcanza el perdón de los pecados

7. Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque. ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un contraveneno para los que tienen el alma enferma?

Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerlos justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad, y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside, la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Cierto, que, si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: ¡tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud!

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida, no la reconocería uno si la viera después adornada con vestiduras de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbres y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación (Lc. 7, 37).

La oración nos defiende de todo peligro

8. Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este solo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.

Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militares, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración; ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo.

Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama ante Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y pericia de la infantería, y la práctica de los saeteros, y la destreza en sorprender al enemigo, muchas veces quedan fallidas y frustradas, o por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas. Pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares.

En efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Rey. 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene para nosotros esta arma contra los demonios...

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio, que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo, ¿cuánto más benignamente dará la salud a un alma enferma? Porque cuanto el alma es más que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se podrían decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

La oración es la raíz y base de todo

9. Pero quizá alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también aquellas palabras: *No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt. 7, 21). Cierto, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su

pereza se defienda con semejantes palabras. Porque ni sólo la intemperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear: sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa, las partes que están debajo, la consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

Por eso San Pablo nos urge constantemente exhortándonos y diciéndonos: *Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias (Col. 4, 2);* y en otro lugar: *Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios* (1 Tes. 5, 17-18). Y en otra parte de nuevo: *Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas* (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Tengamos todos los días varios ratos de oración

10. Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que del agua los árboles; porque ni éstos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad si no recibimos el riego de la oración.

Conviene, pues, que al levantarnos del lecho, nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Dime: ¿cómo verás al sol sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo difrutarás de la mesa, sin adorar al

que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido?

Sólo por la oración venceremos a los demonios

11. Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quién podrán hallar privado de la oración, para enseguida arrebatarle.

Pero si nos vieren defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado. Pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrabatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (Hom. 1.ª sobre la oración).

La oración vence cualquier pecado

12. No hay pecado alguno que no ceda y se rinda a la fuerza de la penitencia, o por mejor decir, a la gracia de Cristo. Con sólo que nos convirtamos, ya le tenemos a El por nuestro ayudador; y si quieres hacerte bueno no hay quien te lo impida: si bien hay quien te impida, Satanás; pero con tal que tú escojas el bien y de ese modo te concilies el favor de Dios, nada puede contigo. Pero si tú no quieres, sino que te vuelves atrás, ¿cómo te ha de proteger? Pues no quiere que te salves a la fuerza y con violencia, sino voluntariamente.

Si tú mismo, caso que tuvieras un esclavo que te aborreciese y tuviera aversión, y continuamente estuviera escapándose y huyendo de ti, no querrías tenerle contigo, y eso necesitanto de su servicio. ¡Cuánto menos querrá tenerte por fuerza Dios, que todo lo hace no por su necesidad, sino por tu salvación! Pero

con sólo que le muestres un poco de buena voluntad, jamás podrá dejarte por más que el diablo haga lo que haga contra ti.

Dios quiere ser importunado

13. De suerte que nosotros mismos somos la causa de nuestra perdición. Porque ni acudimos a Dios, ni le interpelamos, ni le rogamos como conviene. Y cuando acudimos a El, no lo hacemos como quien ha de recibir lo que pide, ni con la debida fe, ni como quien exige algo, sino que todo lo hacemos bostezando y con supina dejadez. Y eso que Dios quiere que le exijamos, y aun se nos muestra agradecido por ello. Pues El es el único deudor que, cuando se le exige, muestra agradecimiento, y da lo que nosotros no le habíamos prestado. Y si ve al que exige hacerlo con mucha insistencia, paga aun lo que no recibió de nosotros. Pero si lo ve perezoso, El también difiere el dar, no porque no quiera dar, sino porque gusta que nosotros se lo exijamos.

Por eso nos propuso el Señor el ejemplo de aquel amigo que acudió de noche a pedir pan, y el del juez que ni temía a Dios ni tenía respeto a los hombres. Y no paró en los ejemplos, sino que lo mostró en las obras, como cuando despidió a la mujer cananea favorecida y satisfecha con un grande beneficio.

Y por medio de ella nos enseñó que a los que se lo exigen con insistencia, concede, incluso, lo que parece no debiera dárseles. Porque *"no está bien* —dijo— *tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros"*. Pero, sin embargo, lo dio, porque ella lo pidió con insistencia. Al contrario, por medio de los judíos nos enseñó que a los perezosos no les da ni aun aquello que les corresponde. Así que ellos, nada recibieron, antes perdieron aun lo suyo.

De suerte que éstos por no haber pedido, no recibieron ni aun lo que les pertenecía; y aquélla, en cambio, por haber pedido con insistencia, logró sacar aun lo ajeno; y un perrillo recibió lo de sus hijos. ¡Tanto es lo que vale la asiduidad!... Aunque seas perro, si eres asiduo, serás preferido al hijo descuidado; pues lo que no logró la amistad, lo obtuvo la insistencia...

14. No digas, pues: "Dios es mi enemigo y no me esuchará". Pronto te dará respuesta si de continuo le molestas: "He pecado mucho y no puedo rogar a quien tengo ofendido". Porque Dios no mira la dignidad o merecimiento del que ora, sino tan solamente la intención.

Porque si a aquel poderoso que ni temía a Dios, ni hacía caso de los hombres, logró doblegar la viuda: ¡cuánto más podrá mover al Bueno por naturaleza la súplica no interrumpida! Por tanto, aunque no seas su amigo, aunque exijas lo que no se te debe, aunque hayas consumido el patrimonio y estado mucho tiempo ausente de la vista de tu Padre, aunque estés deshonrado y seas el desecho del mundo, aunque tengas irritado, aunque tengas indignado a Aquel a quien acudes: quiérelo, que te basta querer rogarle y volverte a El para que tdo lo recobres y apagues al punto toda su indignación y justicia contra ti.

Si no consigues lo que pides, es por falta de insistencia

15. "Pero el caso es —dice uno— que yo ruego y no aprovecho". Porque no ruegas como ellos; como la cananea; como el amigo que llegó a deshora de la noche; como la viuda que importunaba continuamente al juez; como el hijo que había consumido el patrimonio. Porque si así rogaras, pronto conseguirías lo que pides. Porque Dios, aunque ultrajado es Padre; aunque irritado, ama a sus hijos; y sólo una cosa pretende: no tener que exigir justicia de sus afrentas, sino verte arrepentido y suplicante. ¡Ojalá también nosotros ardiéramos de la manera que aquellas sus entrañas se conmueven por nuestro amor! Sino que aquel fuego sólo busca una ocasión; pues con tal que tú le presentes una chispita, al punto enciendes una gran llamarada de beneficios.

No por haber sido ultrajado se indigna, sino porque eres tú precisamente quien le ofendes, y estás fuera de seso como tomado del vino. Porque si nosotros, que somos malos, cuando nos ofrende los hijos, lo sentimos por ellos, ¡mucho más Dios, que en realidad no puede ser ofendido, lo sentirá por ti, que le ofendes! Si así somos nosotros que amamos por naturaleza,

¿cuánto más El que es amoroso sobre toda la naturaleza? *Porque aun cuando la mujer* —dice la Escritura— *se olvidare del hijo de sus entrañas, yo no me olvidaré de ti, dice el Señor* (Is. 49, 15).

Imitemos a la cananea

16. Acerquémonos, pues, a El y digámosle: *"Bien está, Señor, que también los perros comen de las migas que caen de la mesa de sus dueños"*. Acerquémonos con oportunidad e importunidad; por más que nunca podremos acercarnos con importunidad, porque la importunidad está en no acudir continuamente. Porque así como el respirar nunca es importuno, así tampoco el orar, sino que lo importuno es el no orar. Pues como necesitamos de la respiración, así necesitamos de su auxilio, y si lo queremos, fácilmente lo conseguiremos.

Y para hacérnoslo ver el profeta y declararnos cómo siempre tenemos a mano sus beneficios, decía: *"Le hallaremos preparado como la aurora"*. Porque cuantas veces acudamos a El, veremos que nos está aguardando. Y si nada sacamos de la fuente de su bondad, siempre manante, nuestra es por completo la culpa.

Esto era lo que echaba en cara a los judíos, diciendo: *"Mi misericordia como nube de madrugada"*. Con lo cual quiere decir: "Yo hice cuanto estaba de mi parte; pero vosotros, a la manera que el sol ardiente dando sobre la niebla y el rocío los disipa y los deshace, por vuestra mucha maldad reprimisteis mi inefable liberalidad. Lo cual a su vez es propio de su providencia: porque cuando nos ve indignos de ser favorecidos, contiene sus beneficios para no hacernos desidiosos.

Pero si nos convertimos un poquito, lo suficiente tan sólo para reconocer que pecamos: brota más que todas las fuentes; derrama más que el océano y, cuanto más hubieres recibido, tanto El más se complace, y con eso se prepara para dar más de nuevo. Pues juzga riqueza propia nuestra salvación y el dar con largueza a los que piden, como lo declaraba San Pablo, diciendo: *"Rico para todos y sobre todos los que le invocan"* (Rom. 10, 12).

Como que cuando no le pedimos es cuando se aíra; y cuando no le pedimos es cuando se aparta de nosotros.

Por eso fue pobre, para hacernos a nosotros ricos; por eso sufrió todos aquellos trabajos, para animarnos a pedir...

Por tanto: no desconfiemos, antes, teniendo tales motivos y tan buenas esperanzas; aunque pequemos cada día, acudamos a El rogándole, suplicándole, pidiéndole el perdón de los pecados. Pues de esta manera seremos en adelante más difíciles en pecar, y echaremos fuera a Satanás, y excitaremos la misericordia de Dios, y conseguiremos los bienes futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. (Hom. 1.ª sobre la oración)

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá (Mt. 7, 7). Muchas y admirables cosas nos ha mandado el Señor; quiere que estemos por encima de todas las pasiones y nos ha levantado hasta el mismo cielo, ordenándonos que nos esforcemos por asemejarnos no ya sólo a los ángeles, sino, incluso, y en lo que cabe, al Señor mismo de ellos. Y a sus discípulos, no solamente les mandó practicar todas esas cosas, sino que además les insistió que las enseñaran a los demás.

Con la oración sus mandamientos resultan fáciles

17. Pero para que nadie pudiera decir que sus mandamientos son imposibles de cumplir, les enseñó la forma de hacerlos fáciles, alegando razones suficientes para convencernos de ello. Pero en este caso, el remedio que nos ofrece, toca la cúspide de la facilidad, pues no es un alivio cualquiera, sino la ayuda de la perseverante oración.

Porque no basta, nos viene a decir el Señor: no basta con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto, y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomando parte en nuestros combates nos lo hará todo fácil.

Por eso no sólo nos mandó pedir, sino que nos garantizó que se nos dará lo que pidiéramos. Pero no nos mandó simplemente pedir, sino pedir con grande perseverancia, insistencia y fervor.

Eso es precisamente lo que significa aquel imperativo: *"buscad"*. Porque el que busca, arroja de su pensamiento todo lo demás y sólo piensa en lo que busca, sin que le distraiga nada de cuanto ocurre a su lado. Bien saben lo que digo los que buscan negocios temporales.

Eso fue precisamente lo que nos quiso decir el Señor con la palabra *"buscar"*, y eso lo que nos quiso dar a entender. Mas con la de *llamar a la puerta* nos indica con qué vehemencia y ardiente espíritu hemos de acercarnos a la oración.

¡Oh, hombre! No te desalientes, pues, ni muestres menos empeño por la virtud que codicia por el dinero. El dinero, mil veces lo has buscado sin encontrarlo, y aun cuando sabes que no lo has de encontrar absolutamente, no dejas piedra por mover para dar con él. Aquí, empero, que tienes promesa infalible de que absolutamente recibirás, no pones ni la mínima parte de aquel empeño que muestras por el dinero.

Y, aunque no recibas inmediatamente, no debes desalentarte. Pues por eso precisamente dijo el Señor: *"Llamad"*; pues quería darte a entender que, aun cuando de pronto no se abra la puerta, hay que seguir dando golpes.

Debemos pedir lo que nos conviene

18. Oye lo que dice: *¿Qué padre hay entre vosotros que, si un hijo le pide pan, en vez de pan le dé una piedra?* (Mt. 7, 9). Cierto que si entre los hombres pides continuamente, se te tendrá por pesado y molesto; pero, tratándose de Dios, cuando le molestas es cuando no le pides; y, si perseveras pidiendo, aun cuando inmediatamente no recibas, recibirás infaliblemente.

No puedes decir: ¿Qué voy a hacer, si pido y no recibo? No; no puedes decir eso. Ahí está cerrándote el paso la comparación de que se vale el Señor, con la que no sólo te da razones de confianza por lo que sucede en lo humano, sino que justamente te hace ver que no sólo hay que pedir, sino pedir lo que conviene.

Porque, *¿qué padre hay que si su hijo le pide pan le dé una piedra,* De manera, que si no recibes, será porque en vez de pan, pides

una piedra. Porque si el hijo te da seguridad de que recibirás cuando pides lo que te conviene, al contrario, también te garantiza que no puedes recibir cuando pidas lo que no te conviene.

No pidas, pues, nada mundano; pide solamente aquellos bienes espirituales que te convienen, e infaliblemente los recibirás. Mira, pues, qué rapidamente consiguió Salomón lo que pedía, cuando pidió lo que le convenía (3 Reg. 3, 5-14).

Dos condiciones, pues, ha de tener la oración: pedir insistentemente y pedir lo que se debe. Porque también vosotros los que sois padres —nos viene a decir el Señor— si vuestros hijos os piden algo inconveniente, se lo negáis, así como le concedéis lo que les conviene.

Así, pues, considerando estas cosas, no te retires de la oración hasta que recibas; no la dejes hasta encontrar; no cejes en tu empeño hasta que te abra la puerta. Si con este espíritu te acercas a Dios y le dices: "si no recibo, no me retiro", indefectiblemente recibirás. Eso sí, a condición de que pidas lo que está bien que te dé Aquel a quien se lo pides, y que te convenga a ti que se lo pides.

Motivos de confianza

19. No me repliques, pues, que ya has orado y que nada has recibido, porque no es posible hablar de pedir y no recibir, tratándose de Dios, que nos ama tanto que, cuanto la bondad supera a la maldad, así su amor al de todos los padres... Tal es el exceso de amor que Dios nos tiene. Ahí tienes un argumento incontrastable, capaz de levantar las mejores esperanzas al más desalentado... Pues quien fue capaz de entregar a su propio Hijo a la muerte por amor nuestro, ¿cómo no nos dará todo lo que pedimos que vale infinitamente menos? (Rm. 8, 32).

La regla de oro

20. Luego, queriendo el Señor enseñarnos que no basta confiar en la oración, si no hacemos lo que está de nuestra parte; ni tampoco basta el propio esfuerzo por sí solo sin la ayuda divi-

na, nos advierte que nos son menester dos cosas: buscar mediante la oración su ayuda, y poner lo que debemos de nuestra parte.

Por eso, después de habernos dicho lo que debemos hacer, nos enseñó también cómo debemos orar, y una vez que nos hubo enseñado a orar, nuevamente pasa a decirnos lo que debemos hacer.

Luego vuelve a la oración y nos recomienda que sea continua, diciéndonos: *"Pedid, buscad, llamad a la puerta"*; pero aquí le tenemos otra vez mandándonos que también nosotros nos esforcemos: *"Así, pues,* dice, *todo aquello que vosotros queréis que los hombres hagan con vosotros, hacédselo también vosotros a ellos"*. Todo nos lo resume aquí compendiosamente, a par que nos hace ver que la virtud es cosa breve, fácil y conocida de todos.

Y notad que no dijo simplemente: "Todo lo que queráis", sino: *"Así, pues, todo lo que queráis"*... Este *"Así, pues"*, no se añadió sin motivo, sino que algo se nos quiso dar a entender con ello. Es como si dijera: Si queréis ser oídos, tened mucho cuidado de hacer esto. —¿Qué?— *Todo lo que quisiéreis que los hombres hagan con vosotros...*

Mirad cómo también aquí nos mostró que hay que juntar a la oración la perfección de nuestra obras. Pues no dijo: "Cuanto quieras que haga Dios contigo, hazlo tú con tu prójimo". Porque hubieras dicho: "Dios es Dios y yo soy hombre". Por eso te dijo: "Cuanto quieras que los hombres hagan contigo, hazlo tú con tu prójimo"... (Hm. S. Mateo, 23).

Hay que insistir toda la vida

21. Cuando le digo a alguno: "Ruega a Dios, pídele, suplícale", y me responde: "Ya pedí una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y nada he recibido". Hermano: no ceses de pedir hasta que hayas recibido; la petición termina cuando se recibe lo pedido; cesa cuando hayas alcanzado. Mejor aún: tampoco entonces ceses, persevera todavía. Mientras no recibas, pide para recibir: y cuando lo hayas conseguido, continúa dando gracias (Homilía, 10).

La oración es la luz del alma

22. La oración es la luz del alma, verdadero conocimiento de Dios y mediadora entre Dios y los hombres. Por ella nuestro espíritu, elevado hasta el cielo, abraza a Dios con brazos inefables; por ella nuestro espíritu espera el cumplimieneto de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible (Hom. 6, sobre la oración).

La luz de la oración es la que ilumina nuestra inteligencia. Si se descuida la oración que alimenta la luz, la inteligencia bien pronto quedará a oscuras (Catena Aurea, vol. IV).

Quien te redimió y te creó no quiere que cesen tus oraciones, y desea que alcances por la oración lo que su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien los pide, y anima a los que oran a que no se cansen de orar (Catena Aurea, vol. 6).

El Señor obligó a los discípulos a subir a la barca y a irse a la otra orilla, mientras El despedía a la muchedumbre. Una vez que la despidió, subió a un monte apartado para orar, y, llegada la noche, El permanecía allí solo (Mt. 14, 22-23).

¿Por qué sube el Señor al monte? —Para enseñarnos que nada hay como la soledad para orar. De ahí la frecuencia con que se retira a lugares solitarios y allí se pasa las noches en oración, para enseñarnos que, para la oración, hemos de buscar la tranquilidad del tiempo y del lugar. El desierto es, en efecto, padre de la tranquilidad, un puerto de calma que nos libra de todos los alborotos.He aquí por qué se retira al monte por las noches... (Hom. 50 sob. S. Mateo).

"Tú, cuando quieras orar, entra en tu habitación"

23. ¿Qué nos dice aquí el Señor? Que nos recojamos dentro de nosotros mismos y no andemos divagando por las plazas con nuestro pensamiento. Pues si nosotros, los que rogamos y suplicamos, no nos atendemos a nosotros mismos, ¿con qué derecho pretendemos que nos atienda Dios?...

¿No veis cómo en los palacios reales se evita todo alboroto y reina por todas partes profundo silencio? Tú, pues, que entras

en tu palacio, no de la tierra, sino del cielo, que ha de inspirarte mayor reverencia, pórtate allí con la mayor decencia. A la verdad, cuando oras entras en el coro de los ángeles, eres compañero de los arcángeles y cantas juntamente con los serafines.

Ahora bien: todas estas muchedumbres guardan el mayor orden al entonar a Dios, rey del universo, con toda reverencia, aquel misterioso cántico y aquellos himnos sagrados. Mézclate, pues, con ellos en tu oración y emula aquel misterioso orden. No haces, en efecto, tu oración a los hombres, sino a Dios; a Dios que está presente en todas partes, que te oye antes de que abras tu boca, que sabe los secretos todos de tu corazón.

Si así orases, recibirás una grande recompensa. *"Porque tu Padre* —dice el Señor—, *que ve en lo escondido, te pagará en lo manifiesto"*.

Y pon atención que no dijo: "Te gratificará", sino: *"Te pagará"*. Dios quiso hacerse deudor tuyo, y grande fue la honra que en esto te concedió. Y es que, como El es invisible, invisible quiere que sea tu oración...

24. *"En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de pedírselo"* (Mt. 6, 8).

No nos prohíbe aquí Cristo hacer largas oraciones, sino la multitud interminable de palabras. Porque, por lo demás, hay que perseverar pidiendo siempre lo mismo. *"Perseverando* —dice el Apóstol— en la oración (Rm. 12, 13). Y el mismo Señor nos puso los ejemplos de la viuda que, a fuerza de súplicas, doblegó al juez duro y cruel; y el otro del amigo que llegó a deshora de la noche e hizo levantarse de la cama a su amigo, no tanto por amistad, cuanto por importunidad (Lc. 11). Por uno y otro nos pone la ley de rogarle insistentemente, no componiendo oraciones interminables, sino contándole sencillamente nuestras necesidades...

Tal vez dirá alguno: "pues si el Padre ya sabe lo que necesitamos, ¿qué falta hace la oración?" —No hace falta, ciertamente, para enterarle a Dios; sí, para moverle; sí para que te acostum-

bres a la perseverancia de la oración; sí, para humillarte; sí, para que te acuerdes de tus pecados.

"Padre nuestro, que estás en los cielos"

Vosotros, pues, oraréis de esta manera: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre"... Mirad cómo de pronto levanta el Señor a sus oyentes y desde el preludio mismo de la oración nos trae a la memoria toda suerte de beneficios divinos.

Porque, quien da a Dios el nombre de Padre, por ese solo nombre ya está confesando que le perdonará Dios los pecados, que le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta por hijo, que se le hace heredero, que se le admite a la hermandad con el Hijo unigénito, que se le da el Espíritu Santo.

No es, en efecto, posible darle a Dios el nombre de Padre y no alcanzar todos esos bienes. De doble manera, pues, levanta el Señor los pensamientos de sus oyentes: por la dignidad del que es invocado y por la grandeza de los beneficios que de El esperamos recibir.

Mas al decir: *"En los cielos"*, no pretende, como quien dice, encerrar a Dios en el cielo, sino arrancar de la tierra al que ora, y fijarle en aquellos elevados parajes, y hacerle a aquellos tratos de allá arriba.

También nos enseña, además, a hacer común nuestra oración con nuestros hermanos. Porque no decimos: "Padre mío que estás en los cielos", sino: *"Padre nuestro"*, con lo que extendemos nuestras súplicas a todo el cuerpo de la Iglesia, sin poner nuestra mira únicamente en nuestro propio interés, sino también en nuestro prójimo.

Y con este golpe, mata el Señor en nosotros el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes; elimina la desigualdad de las cosas humanas y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo, comoquiera que, en las cosas más grandes y necesarias, todos somos iguales. ¿Qué daños pueden venirnos del parentesco terreno, cuando todos estamos unidos en el del cielo y

y nadie lleva a nadie ventaja en nada, ni el rico al pobre, ni el señor al esclavo, ni el que manda al que obedece, ni el emperador al soldado, ni el filósofo al bárbaro, ni el sabio al ignorante? A todos, en efecto, nos concedió el Señor la misma nobleza, al dignarse ser igualmente llamado Padre de todos.

"Santificado sea tu nombre"

26. Una vez, pues, que nos ha recordado el Señor esta nobleza, y el don que del cielo se nos ha hecho, y la igualdad con nuestros hermanos, y la caridad, y nos ha arrancado de la tierra, y nos ha elevado, como quien dice, a los cielos, veamos qué es lo que seguidamente nos manda pedir en nuestra oración.

A la verdad, esta sola palabra de Padre debiera bastar para enseñarnos toda virtud; porque quien ha dado a Dios este nombre de Padre y le ha llamado Padre común de todos, justo fuera que se mostrara tal en su manera de vida, que no desdijera de tan alta nobleza y que su fervor corriera parejas con la grandeza del don recibido.

Mas no se contentó el Señor con eso, sino que añade otra petición, diciendo: *Santificado sea tu nombre.* Petición digna de quien ha llamado a Dios Padre: no pedir nada antes que la gloria de Dios, tenerlo todo por secundario en parangón con su alabanza. Porque, "santificado sea" vale tanto como "glorificado sea".

Cierto que Dios tiene su propia gloria cumplida y que además permanece para siempre. Sin embargo, Cristo nos manda pedir en la oración que sea también glorificado por nuestra vida. Que es lo mismo que antes había dicho: "*Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*" (Mt. 5, 16). Y lo mismo los serafines que le glorificaban, decían así: *Santo, santo, santo...* (Is. 6, 3). Es decir, que "santificado" vale como "glorificado".

Concédenos —viene a decir el Señor— que vivamos con tal pureza, que todos te glorifiquen por nosotros. Obra de suma filosofía: que nuestra vida sea tan intachable en todo, que cuantos la miren refieran la gloria de ello al Señor.

"Venga a nosotros tu reino"

27. También ésta es palabra de hijo bien nacido, que no se apega a lo visible ni tiene por cosa grande nada de lo presente, sino que se apresura por llegar a su Padre y anhela los bienes venideros.

Todo lo cual sólo puede venir de una buena conciencia y de un alma desprendida de las cosas de la tierra. Esto al menos es lo que día a día anhelaba Pablo, y por ello decía: *"Y nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo"* (Rm. 8, 22). El que tiene, en efecto, este amor, ni se deja hinchar por los bienes de esta vida, ni abatir por los males, sino que, como si viviera en los cielos, está igualmente libre de uno y otro extremo.

"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"

28. Notad la más cabal hilación en las palabras del Señor. Nos ha mandado que deseemos los bienes por venir y que apresuremos el paso en nuestro viaje hacia el cielo: mas en tanto que el viaje no termina, aun viviendo en la tierra, quiere que nos esforcemos por llevar vida de cielo.

"Es preciso —nos dice— que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis de la tierra cielo y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis como si ya estuvierais en el cielo". Y esto es lo que debemos suplicar al Señor en la oración: el llevar una vida en la tierra que, superando todas las dificultades podamos alcanzar la perfección de los ángeles del cielo. Posible es con la oración, aun permaneciendo aquí, hacerlo todo como si ya estuviésemos allí.

Lo que dice, pues, el Señor, es esto: "A la manera como en el cielo todo se hace sin estorbos, y no se da el caso de que los ángeles obedezcan en unas cosas y desobedezcan en otras, sino que todos cumplen la voluntad de Dios con gran perfección, concédenos así a nosotros los hombres no cumplir a medias tu voluntad, sino cumplirlo todo como tú quieres".

Y notad cómo nos enseñó aquí el Señor la humildad al ponernos de manifiesto que la virtud no es sólo obra de nuestro esfuerzo, sino también de la gracia divina.

Y debemos notar que no nos dijo el Señor que dijéramos: "Hágase tu voluntad en mí, o en nosotros", sino que dijo "en la tierra", para advertirnos que no debemos orar solamente por nosotros, sino por todos los hombres de la tierra, para que todos conozcan a Dios, sea destruido el error, sea desterrada la maldad, y todos practiquemos la virtud con tal perfección que no haya diferencia entre el cielo y la tierra.

"El pan nuestro de cada día, dánosle hoy"

29. ¿Qué quiere decir: *El pan de cada día?* El que basta para un día.

Había dicho el Señor: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo";* pero no se olvida que habla con hombres carnales, sometidos a las necesidades de la naturaleza que no pueden tener la misma impasibilidad que los ángeles. Los mandamientos sí que quiere que los cumplamos como los cumplen los ángeles; pero en lo demás condesciende con la flaqueza de nuestra naturaleza. Perfección de vida —nos dice— os exijo la misma que a los ángeles; impasibilidad, no, porque tampoco lo consiente la tiranía de la naturaleza, que necesita del alimento ineludible.

Pero advertid, os ruego, como hasta en lo material pone el Señor mucho de espiritual, pues no nos manda pedir en nuestra oración ni dinero, ni placeres, ni lujosos vestidos, ni cosa semejante; sólo pan, y eso sólo para el día de hoy, sin preocuparnos del mañana.

Por eso añadió: *"El pan nuestro de cada día"*, es decir, suficiente para el día, y aún añadió: *"Dánosle hoy"*, dándonos a entender que no debemos preocuparnos del mañana. ¿A qué sufrir la preocupación de un día que no sabes si lo verás amanecer? Es lo que nos encarecerá luego más expresamente: *"no os preocupéis por el día de mañana"* (Mt. 6, 34). Y es que quiere que estemos de todo punto ligeros para la marcha y con las almas

prestas, no concediendo a la naturaleza más que aquello que nos exige de estricta necesidad.

"Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nustros deudores".

30. Luego, como sea un hecho que aun después del bautismo seguimos pecando, nos da también aquí el Señor una grande prueba de su amor, mandándonos que vayamos a nuestro Dios a pedirle perdón de nuestros pecados, diciéndole: *Perdónamos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* ¡Mirad cuán grande es el exceso de su amor! Después de librarnos de tamaños males, después de regalarnos un don de inefable grandeza, todavía se digna concedernos el perdón de nuestros pecados.

Porque que esta súplica convenga a los fieles, no sólo nos lo enseñan las leyes de la Iglesia, sino el preludio mismo de la oración. Un catecúmeno, en efecto, no podría llamar Padre a Dios (pues, al no haber recibido el bautismo, aún no ha recibido la adopción de hijo). Pues si ésta es la oración de los hijos, y éstos piden que se les perdonen los pecados, es evidente que tampoco después del bautismo se nos quita el beneficio de la penitencia. Si esto no fuera así, no tendría razón el que nos mandara pedirle perdón en la oración. Mas cuando El nos recuerda nuestros pecados, y nos manda pedir perdón de ellos, y nos enseña la manera de alcanzarlo, y nos allana el camino para ello, es evidente que, si nos puso ley de orar así, es porque sabía, y así nos lo mostraba, que, aun después del bautismo, podíamos lavarnos de nuestras culpas.

Con el recuerdo de nuestros pecados, nos persuade la humildad; y al mandarnos perdonar a los demás, nos libra de todo resentimiento, con la promesa de que, a cambio de ello, Dios nos perdonará a nosotros; dilata nuestra esperanza, a la vez que nos enseña a meditar sobre la bondad inefable de Dios.

En nuestras manos está la sentencia de nuestro propio juicio.

31. Una cosa es menester aquí notar muy señaladamente: En cada una de las anteriores palabras y peticiones de la ora-

ción, el Señor nos ha dado como un compendio de toda virtud y, por ende, quedaba ya eliminado todo resentimiento. Porque santificar el nombre de Dios, obra es de consumada perfección; y lo mismo significa el cumplir su voluntad, y poder llamar Padre a Dios, señal es de vida irreprochable. Por tanto, quienes estas cosas pedían, debían mostrar ya como cosa hecha el perdón a los hermanos. Sin embargo, no se contentó el Señor con eso, y quiso ponernos mandamiento especial, diciendo: "*Si no perdonareis vosotros a los hombres sus pecados, tampoco a vosotros os perdonará vuestro Padre que está en los cielos*" (Mt. 6, 14).

Por tanto, en nuestras manos está nuestra propia sentencia, y de nosotros mismos depende nuestro propio juicio. Para que nadie, por estúpido que sea, pueda reprocharle nada, al ser juzgado, a ti que eres el reo, te hace árbitro de tu propia sentencia.

Como tú mismo quieras ser juzgado, así yo te juzgaré; lo que tú hagas con tu hermano, eso mismo yo haré contigo: "Si tú perdonares a tu compañero, la misma gracia obtendrás de mí", y eso a pesar de que no hay comparación de un caso a otro.

Tú perdonas porque necesitas ser perdonado; Dios te perdona sin necesitar nada de ti. Tú perdonas a un consiervo tuyo; Dios a un siervo suyo. Tú reo de mil crímenes; Dios absolutamente impecable.

Y, sin embargo, también aquí te da una prueba de su amor. Podía El, en efecto, perdonarte sin eso todas tus culpas; pero quiere que tú merezcas en cierta manera el perdón para así poder enriquecerte con gran multitud de beneficios, ofreciéndote mil ocasiones de mansedumbre y de amor a tus hermanos, desterrando de ti toda ferocidad, apagando tu furor y uniéndote por todos los medios con quien es un miembro tuyo.

¿Qué puedes replicar? ¿Qué has sufrido una injusticia de parte de tu prójimo? ¡Claro! Eso es precisamente el pecado, pues si se hubiera portado contigo justamente, no habría pecado que perdonar. Mas tú también acudes a Dios para recibir perdón, y de pecados sin duda mayores. Y aun antes del perdón, se te hace una gracia no pequeña: se te enseña a tener alma humana, y se te instruye en la práctica de la mansedumbre. Y, sobre todo eso, se te reserva una gran recompensa en el cielo y

no se te pedirá cuenta alguna de tus propios pecados. ¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si, teniendo la salvación en nuestras manos, tontamente la desechamos? ¿Cómo mereceremos que se nos escuche, cuando en lo que depende de nosotros, locamente lo desaprovechamos?

Y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del malo.

32. Aquí nos instruye el Señor sobre nuestra miseria, enseñándonos que si no podemos rehuir los combates, tampoco hemos de saltar espontáneamente a la arena. De este modo, en efecto, nuestra victoria será más brillante y la derrota del diablo más vergonzosa.

Arrastrados a la lucha, hemos de mantenernos firmes valerosamente. Mientras no seamos provocados, estémonos quietos a la espera del momento del combate, con lo que mostraremos a la vez, nuestra falta de ambición y nuestro valor.

El Malo es el diablo, a quien debemos declarar guerra sin cuartel, y contra quien debemos volver nuestro odio, como culpable que es de todos los males.

Mas debemos saber que nada podría contra nosotros el diablo si Dios no se lo permitiera. El diablo nada puede contra los siervos de Dios, de no recibir para ello potestad de lo alto. Y ¿qué digo contra nosotros, si ni siquiera a los cerdos hubieran podido tocarles si Cristo no se lo hubiera permitido? Ni tampoco a los ganados de Job hasta que se le dio poder y fuerza de arriba.

Luego, aunque seas infinitamente débil, es justo que te sientas animoso, pues tienes un Rey tal, que puede fácilmente, aun por medio de ti, acometer las más grandes hazañas que no puedas imaginar. *A El sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos.* Amén. (Hom. 19, 6).

Lo primero es la oración.

33. Lo primero de todo, la oración asidua, la acción de gracias por los bienes ya recibidos y la invocación por la seguridad de los dones otorgados. Porque esto es nuestra salvación, esto la medicina de nuestras almas y la cura y remedio contra las pasiones.

¿Que es la oración?

34. La oración es la muralla que nos defiende, es la armadura invencible, es el sacrificio expiatorio de nuestra alma y la base y fundamento de todos los bienes. Porque la oración no es otra cosa que un diálogo con Dios y una conversación con el Señor del universo. ¿Puede haber algo de mayor dicha que el ser uno considerado digno de conversar ininterrumpidamente con el Señor?

Y para que aprendas las grandezas de este bien, considera cuántos andan enloquecidos por las cosas de este mundo, que vienen a ser poco menos que sombras. Y cuando ven a uno que tiene trato con el rey y puede conversar continuamente con él, aunque sea un rey terrenal, ¿en qué concepto de grandeza le tienen? Le proclaman dichoso y le honran como a persona admirable y altísima, digno de altísimo honor.

Pues si a este hombre, que no dialoga más que con un congénere, con el que tiene en común la misma naturaleza y que sólo trata de asuntos terrenales y efímeros, y a pesar de todo es considerado tan digno de admiración, ¿qué se podría decir del que es considerado digno de conversar con Dios, y no sobre asuntos de la tierra, sino sobre la remisión de los pecados, sobre el perdón de las culpas, sobre la salvaguarda de los bienes ya otorgados, sobre los que le serán concedidos, que son todos bienes eternos? Este tal es mucho más dichoso incluso que el mismo que ciñe la diadema, con tal que por medio de la oración se gane el apoyo de lo alto *(Catequesis Bautismales XI)*.

Nadie puede impedir que seamos buenos

35. Si nosotros de verdad nos decidimos a ser buenos, no hay nadie que nos lo pueda impedir. Mejor dicho, sí hay uno que quisiera impedírnoslo, y es el diablo; pero nada podrá conseguir de ti como tú de verdad te decidas a abrazar el bien y tengas de este modo a Dios por aliado tuyo en la lucha, acudiendo a El con la oración. Pero si tú no quieres, sino que te escapas, ¿cómo te va a ayudar? Dios no quiere salvarte a la fuerza y con-

tra tu voluntad, sino cuando tú también lo quieras. ¿Qué harías tú mismo si tuvieras un criado que te aborreciera y abominara de ti y que no quisiera estar contigo? ¿Lo retendrías a tu lado por la fuerza? Pues con mucha más razón, Dios, que todo lo hace por tu salvación y no por su necesidad, no te querrá retener consigo contra tu voluntad. En cambio, con sólo que tú le muestres tu buena voluntad, jamás El te abandonará por más que el diablo haga lo que haga.

Fervor e insistencia en la oración

36. Por tanto, sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra perdición. Porque ni acudimos a Dios, ni le rogamos y suplicamos como conviene. Y, cuando nos acercamos a El, no lo hacemos como quien va a cobrar una deuda, ni le rogamos con la fe conveniente y como quien reclama lo que se le debe, sino que todo lo hacemos como bostezando y con supina languidez.

Sin embargo, Dios quiere que le reclamemos lo que nos debe, y hasta nos lo agradece grandemente. El es el único deudor que quiere se le pida lo que debe, y cuando lo hacemos con insistencia nos da hasta lo que no nos debe. Pues cuando el que pide lo hace con gran fervor, aunque no nos deba nada, El nos paga su deuda; pero si nos ve remisos y perezosos, El también difiere el pago, no porque no quiera dar, sino porque gusta que se lo vayamos a reclamar.

Por eso nos puso el Señor el ejemplo de aquel amigo que se presentó a deshora de la noche a pedir pan (Lc. 11, 5-8), y el otro del juez que no temía a Dios, ni le importaban un bledo los hombres (Lc. 18, 1-8). Y no fueron sólo ejemplos, sino que El mismo mostró con los hechos la eficacia de la oración insistente al conceder tan alto favor a la mujer cananea. Por ésta, en efecto, nos mostró que a quienes piden con insistencia, les da hasta lo que, en cierta manera, parece que no debiera darles. "*Porque no está bien*, le dijo, *quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros*" (Mt. 15, 26). Y, sin embargo, se lo dio, por haber pedido con insistencia.

En los judíos, en cambio, nos puso el Señor de manifiesto que a los perezosos, no se les da ni siquiera lo que les pertenece. Porque ellos, no sólo no recibieron nada, sino que perdieron lo que tenían. Mirad el contraste: aquéllos por no pedir, no recibieron ni lo que era suyo; ésta, en cambio, por haber pedido fervorosamente, logró para sí lo ajeno. El perro se comió el pan de los hijos. Tan grande bien es la perseverancia. Por tanto, aunque fueres un perro, si insistes en pedir, serás preferido al hijo perezoso; pues en la oración, lo que no se puede conseguir por la amistad, se consigue por la insistencia.

Vanas excusas para no orar

37. No digas, pues: Dios es enemigo mío y no me escuchará. Porque si tú insistes sin desfallecimiento, pronto te contestará. Porque aunque no te escuche por amistad, lo hará al menos por tu importunidad. Por tanto: ni la enemistad, ni lo importuno de la hora, ni otra cosa alguna es impedimento.

Tampoco has de decir: "Yo no soy digno y por eso no hago oración". Porque tampoco la cananea era digna y fue escuchada. Ni digas tampoco: "He pecado mucho y no puedo rogar al que tengo tan ofendido"; porque Dios no mira los merecimientos, sino la intención. Pues si aquella viuda del Evangelio logró doblegar con sus ruegos al juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres, ¿cuánto más inclinará hacia nosotros a Dios la continua oración, siendo El la suma bondad? Por tanto, aun cuando no fueras amigo suyo, aun cuando no tengas derecho a reclamarle una deuda, aun cuando te hubieras ausentado de la casa paterna y hubieras consumido y despilfarrado tu herencia, aun cuando estés deshonrado y seas el desecho del mundo, aun cuando le hayas ofendido e irritado grandemente, basta que quieras suplicarle y volverte a El, para que al punto lo recobres todo, y, aplacando su ira anules la sentencia que contra ti tenía preparada.

Y para hacerlo ver el profeta, y declararnos cómo siempre tenemos a mano sus beneficios, decía: "Le hallaremos preparado como la aurora (Os. 6, 3): porque cuantas veces acudamos a El, veremos que nos estaba esperando.

Y si nada sacamos de la fuente caudalosa de su bondad, siempre manante, nuestra es por completo la culpa. Esto era lo que echaba en cara a los judíos, diciendo: "Mi misericordia como nube de madrugada". Con lo cual quiere decir: Yo hice cuanto estaba de mi parte; pero, vosotros, a la manera del sol ardiente dando sobre la niebla y el rocío los disipa y los deshace, por vuestra mucha maldad reprimisteis mi inefable liberalidad.

Lo cual, a su vez, es propio de su providencia. Porque cuando nos ve indignos de ser favorecidos, contiene sus beneficios para no hacernos desidiosos...

Pero si nos convertimos un poquito, lo suficiente tan sólo para reconocer que pecamos, brota más que todas las fuentes: derrama más que el océano; y cuanto más hubieres recibido, tanto más se complace, y con eso se prepara a dar más de nuevo. Pues juzga riqueza propia, nuestra salvación y el dar con largueza a los que le piden, como lo declara San Pablo, diciendo: "Rico para todos los que le invocan" (Rm. 10, 12).

Como que cuando no le pedimos es cuando se aíra; cuando no le pedimos es cuando se aparta de nosotros.

Por tanto, no desconfiemos; antes, teniendo tales motivos y tan buenas esperanzas, aunque pequemos cada día, acudamos a El rogándole, suplicándole, pidiéndole el perdón de los pecados. Pues de esta manera seremos en adelante más difíciles en pecar, y echaremos fuera a Satanás, y excitaremos la misericordia de Dios (Hm. 22 In Mt. 28-34).

38. Nada hay mejor que la oración y coloquio con Dios... Me refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino de corazón... (Hom. 6 sob. la orac.)

La oración es la luz del alma y verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Por ella, nuestro espíritu elevado hasta el cielo, abraza a Dios con brazos inefables; por ella, nuestro espíritu espera el cumplimiento de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible (Ibíd.)

39. *"Pedid y recibiréis..."* Lo repite para recomendar a los justos y pecadores la confianza en la misericordia de Dios, y por eso añade: *"Todo el que pide recibe"*; es decir, ya sea justo, ya sea pecador, no dude al pedir, para que conste que no desprecia a nadie (Catanea Aurea I, pp. 428-29).

Quien te creó y redimió no quiere que cesen tus oraciones y desea que por la oración alcances todo lo que su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien se los pide, y anima a los que oran a que no se cansen de orar (Ibíd. VI, p. 294).

40. *Recuerda* que no haces tu oración a los hombres sino a Dios. A Dios que está presente en todas partes, que te oye antes de que abras la boca, que sabe todos los secretos de tu corazón. Si así orases, recibirás una gran recompensa (Hm. 19, 3).

41. Es la oración la causa, el principio, la fuente y raíz de todos los bienes. No lo digo de las oraciones tibias, flojas e indiferentes; pues solamente lo entiendo de las que son vivas y que salen de un alma penetrada del arrepentimiento de sus pecados y de un corazón verdaderamente contrito, porque estas oraciones son las que verdaderamente tienen virtud para llegar hasta el cielo (Hm. 30 Dei Nat.).

42. No hay cosa que tanto nos haga crecer en la virtud como la frecuente oración y el tratar y conversar a menudo con Dios, porque con esto se viene a hacer el corazón generoso, espiritual y santo.

La oración es como una fuente en medio de un jardín o huerto, que sin ella todo está seco, y con ella todo se vuelve fresco y hermoso.

Así como no basta una lluvia o un riego para las tierras por buenas que sean, sino que son menester muchas lluvias y riegos, así también son necesarios muchos ratos de oración para que nuestra alma quede empapada y embebida en la virtud, conforme a aquello del profeta: *"Siete veces al día te he dicho alabanzas"* (Sal. 118, 104).

53. ¡Mira qué exceso de benignidad! Que nadie vea cuando tú oras, pero que la tierra sea testigo del favor con que te honró. Obedezcámosle entonces y no oremos en público ni aun delante de los enemigos. No pretendamos, además, enseñar a Dios el modo como El debe venir a nuestro encuentro y ayuda; si pues, manifestando nuestros casos a los abogados y defensores en los tribunales profanos, confiamos únicamente en ellos para que actúen en nuestra defensa, al buscar nuestros intereses como lo crean mejor, mayor razón tenemos de actuar así con Dios. ¿Le has manifestado tu causa? ¿Le has dicho lo que te pasa? Pues evita querer enseñarle cómo quieres que te ayude; El sabe con precisión todo lo que te conviene.

También hay muchos que cuando rezan enumeran una lista interminable de pedidos: "Señor, concédeme la salud del cuerpo; dame el doble de bienes de los que tengo, véngame de mi enemigo". ¡Plegarias absurdas! Puestos a un lado todos los pedidos de tal género tú, suplica e implora como el publicano: "¡Oh Dios, ten piedad de mí pecador!" (Lc. 18, 13). Además, El sabe muy bien cómo ayudarte; está escrito: "Buscad primero el reino de Dios y todas estas cosas se os darán por añadidura" (Mt. 6, 33).

44. He aquí entonces la filosofía, mis queridos, que debemos practicar con empeño y humildad; golpeándonos el pecho, obtendremos cuanto hayamos pedido; rogando en cambio, llenos de orgullo e ira, seremos objeto de abominación y de desprecio delante de Dios. Destruyamos, entonces nuestro yo y humillémonos en lo íntimo del alma. Roguemos por nosotros y por quienes nos hacen sufrir. En efecto, si quieres ganarte al juez, convirtiéndolo en un defensor de tu vid y llevándolo a tu favor, que cada encuentro con El, no termine en un desencuentro con quien te ha hecho sufrir. Tal es, pues, el estilo de este juez: escucha y acepta sobre todo, las oraciones de quiènes oran por los enemigos y olvidan las ofensas recibidas. Por tanto, obtendrá la ayuda de Dios contra ellos si no se convierten a penitencia...

45. ¿Quizás Dios no podría concedernos lo que es bueno para nosotros, antes de que se lo pidamos, o concedernos una

vida totalmente privada de aflicciones? Pues ¿por qué permite que seamos atribulados y no nos libera en seguida? ¿Por qué motivo? Francamente, para que le estemos siempre cerca, para implorar su ayuda, para que nos refugiemos en El invocándole continuamente en nuestro socorro.

Los dolores físicos, la carestía de los frutos de la tierra y el hambre, no tienen otro propósito que hacernos reconocer siempre dependientes de El, a través de tales tribulaciones y de hacernos heredar así, mediante las aflicciones del tiempo, la vida eterna (Hom. 4 Sob. la conv. y la oración).

46. Existe una vía, un camino fácil de penitencia, que puede librarte de los pecados: Ora cada momento, no te canses de orar y no seas negligente en invocar la benignidad de Dios; si perseveras, El no se alejará y perdonará todos tus pecados, escuchando tu pedido. Después que tu oración haya sido escuchada, sigue orando en acción de gracias. Si no ha sido escuchada, continúa insistiendo en la oración hasta obtenerlo.

No objetes: "Yo he orado tanto y no he sido escuchado". Esto sucede a menudo para tu utilidad; porque quizás si hubieras ya obtenido cuanto necesitabas, habrías abandonado la oración, mientras Dios parte de tu necesidad, para darte la ocasión de dialogar más a menudo con El y perseverar en ella.

Si teniendo tantas necesidades y encontrándote en tan gran momento, eres tan indolente y no perseveras en la oración, ¿qué sucedería si no tuvieras ninguna urgencia? Es por tu beneficio que El se comporte así, quiere que no abandones la oración y por eso lo hace. Persevera en la plegaria; no seas indolente porque la oración es potente, y cuando vayas a orar no lo hagas como si estuvieras cumpliendo una cosa de poca importancia.

47. Que la oración perdona los pecados, nos lo enseñan los santos Evangelios. ¿Qué dicen? "El reino de los cielos es semejante a un hombre, que cerrada la puerta y yéndose a dormir con sus hijos, tuvo que vérselas con uno que había venido de noche a pedir pan" (Lc. 11, 5-8). Golpeando decía: "Abreme

porque necesito pan"; y aquel: "ahora no puedo dártelo, porque mis hijos y yo estamos acostados"; como el otro continuaba golpeando la puerta, el dueño de la casa, replicó, diciéndole: "No puedo darte lo que pides, porque mis hijos y yo estamos acostados"; pero porque el otro, no obstante la negativa, insistía en golpear sin retirarse, dijo: "Levantaos, dadle lo que pide y dejadlo que se vaya" (Lc. 11, 8). Esto te enseña a orar siemre, sin cansarte jamás, a perseverar si no recibes, hasta que lo obtengas (Hom. 3 Sob. la Penit.).

48. El sumo bien está en la plegaria y en el diálogo con Dios, porque equivale a una íntima unión con él: y así como los ojos del cuerpo se iluminan cuando contemplan la luz, así también el alma dirigida hacia Dios se ilumina con su inefable luz. Una plegaria, por supuesto, que no sea de rutina, sino hecha de corazón; que no esté limitada a un tiempo concreto o a unas horas determinadas, sino que se prolongue día y noche sin interrupción.

49. Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones, como el cuidado de los pobres o las útiles tareas de la munificencia, en todas las cuales debemos mezclar el anhelo y el recuerdo de Dios, de modo que todas nuestras obras, como si estuvieran condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en un alimento dulcísimo para el Señor. Pero sólo podremos disfrutar perpetuamente de la abundancia que de Dios brota, si le dedicamos mucho tiempo.

50. La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Hace que el alma se eleve hasta el cielo y abrace a Dios con inefables abrazos, apeteciendo la leche divina, como el niño que, llorando, llama a su madre; por la oración, el alma expone sus propios deseos y recibe dones mejores que toda la naturaleza visible.

Pues la oración se presenta ante Dios como venerable intermediaria, alegra nuestro espíritu y tranquiliza sus afectos. Me estoy refiriendo a la oración de verdad, no a las simples palabras: la oración que es un deseo de Dios, una inefable piedad, no otrgada por los hombres, sino concedida por la gracia divina, de la que también dice el Apóstol: *Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables.*

El don de semejante súplica, cuando Dios lo otorga a alguien, es una riqueza inagotable y un alimento celestial que satura el alma; quien lo saborea se enciende en un deseo indeficiente del Señor, como en un fuego ardiente que inflama su alma.

51. Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre, adórnate con la modestia y la humildad y hazte resplandeciente con la luz de la justicia; decora tu ser con buenas obras, como con oro acrisolado, y embellécelo con la fe y la grandeza de alma, a manera de muros y piedras; y, por encima de todo, como quien pone la cúspide para coronar un edificio, coloca la oración, a fin de preparar a Dios una casa perfecta y poderle recibir en ella como si fuera una mansión regia y espléndida, ya que, por la gracia divina, es como si poseyeras la misma imagen de Dios colocada en el templo del alma (Suplemento, Homilía 6 sobre la oración: PG 64, 462-466).

SAN CROMACIO DE AQUILEIA (m. 408)

San Cromacio, obispo de Aquileia, según San Jerónimo, fue uno de los prelados más santos y sabios de su siglo. Hacia el 389 sucedió en la sede a San Valeriano, siendo enorme el bien que hizo entre sus fieles, tanto con la predicación, con sus escritos, y con su ejemplo de vida. Defendió denodadamente a San Juan

Crisóstomo, injustamente perseguido, y luchó por demostrar su inocencia (PL 20).

1. Si al rezar el Padrenuestro, en la invocación inicial llamamos a Dios "Padre", es por ser no ya siervos, sino hijos nacidos de Dios (cf. Jn. 1, 12-13), invocándole "¡Abba, Padre!" por medio del Espíritu (Gal, 4, 6), y debiendo, por tanto, caminar como hijos de Dios. Al pedir la *santificación del nombre* de Dios, que es santo (Lev. 11, 44) y a todos santifica, rogamos que sea santificado en nosotros mediante las obras de justicia, el mérito de la fe y la gracia del Espíritu Santo. La petición por *la venida del reinado de Dios,* Rey eterno, suplica que venga su prometido Reino celeste, debiendo nosotros vivir de tal modo que podamos ser dignos del Reino futuro. Y rogamos seguidamente por *el cumplimiento de su voluntad* en nosotros, la cual consiste en cumplir sus preceptos, creyendo en El con todo el corazón —pues la voluntad de Dios es nuestra santificación (1 Tes. 4, 3-4)—, y creer en su Hijo, para tener la vida eterna (Jn. 6, 40). El *pan cuotidiano* suplicado es el alimento necesario para el sustento de hoy (¡no de mañana!) y, a la vez, el eucarístico pan celeste espiritual (cf. Jn. 6, 52), que recibimos diariamente para la salud del alma. En la siguiente petición nos reconocemos pecadores al suplicar a Dios *el perdón de nuestros pecados* en la medida de nuestro perdón a quienes contra nosotros pecaron, haciéndonos reos ante Dios en caso contrario (cf. Mt. 18, 23-35). Pedir *no ser inducidos en la tentación* no se refiere a la tentación útil, para —como la de Abraham— probar nuestra fe, sino a la que supere nuestra fuerza y no podamos soportar (Lc. 11, 4). Por eso rogamos seguidamente *ser liberados del malo,* autor de todo pecado, quien combate cada día con diversas tentaciones nuestra fe (Trat. 28 in Mat. VI 9-15).

2. **El pan nuestro de cada día dánosle hoy** (Mt. 6, 11). De dos maneras entendemos este dicho del Señor. La primera, que no pidamos otra comida que la de cada día. Porque no nos manda pedir riquezas ni abundancia de cosas temporales, sino el pan de cada día, el cual es lo solamente necesario para la vida

presente a los cristianos que viven de fe, según dice el Apóstol: *Teniendo comida y vestido, con esto estamos contentos* (1 Tm. 6, 8). Lo mismo manifiesta Salomón con toda claridad: *Lo esencial al hombre es pan, agua y vestido* (Ecli. 29, 28). Y al decir *hoy* nos enseña a pensar sólo en el día presente, no en todo el curso de la vida para que nuestro pensamiento no esté ocupado con el cuidado temporal, según el mismo Señor enseña claramente en otro lugar, diciendo: *No penséis en el día de mañana, pues ya el día de mañana tendrá su inquietud* (Mt. 6, 34).

Y debemos tener presente que se trata de un mandato espiritual para que pidamos el pan de cada día, es decir, aquel pan celestial y espiritual que cada día recibimos para medicina del alma y esperanza de la eterna salvación. De él dice el Señor en el Evangelio: *El pan* celestial *es mi carne, la cual daré por la vida de este mundo* (Jn. 6, 52). Y así este pan nos manda pedir cada día: esto es, que por la misericordia de Dios merezcamos recibir cada día el pan del cuerpo del Señor. Pues dice el santo Apóstol: *Examínese el hombre a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz* (1 Cor. 11, 28). Y de nuevo: *Quien come el pan del Señor indignamente y bebe el cáliz, será reo del cuerpo y de sangre del Señor* (Ibíd. 29). Por tanto, no sin razón se debe orar siempre para merecer recibir cada día este pan celestial, no sea que por causa de algún pecado seamos separados del cuerpo del Señor (Tr. 14, n. 5. ML 20, 360ss).

SAN SULPICIO SEVERO (m. 420)

San Sulpicio Severo nació en Aquitania hacia el año 360, hijo de una familia ilustre y fue abogado de profesión. Tuvo amistad con San Martín de Tours que lo convirtió al cristianismo y después fue su biógrafo. También tuvo amistad con San Paulino de Nola a quien imitó no sólo en sus virtudes sino incluso en sus aficiones literarias.

San Martín de Tours nunca dejó pasar una hora, ni un instante en que no se entregara a la oración o se aplicara a la lectura. Y aun mientras se ocupaba en leer o hacer alguna otra cosa, nunca permitía que su espíritu cesara de orar. Y así como es costumbre entre los herreros golpear el yunque durante los intervalos de su trabajo, como para descansar, así San Martín, incluso cuando parecía hacer otra cosa, no cesaba de orar...

(En cierta ocasión, habiendo sido envenenado, por la oración salvó su vida, y sólo con la oración obtuvo la resurrección de algunos muertos). Pero en cierta ocasión que mientras dormía con las puertas cerradas se incendió su celda, contaba después que sorprendido por el peligro que lo rodeaba, pero sobre todo por el diablo que le tendía un lazo, recurrió al auxilio de la oración más tarde de lo que debió haberlo hecho. Intentando escapar a fuera, hizo grandes esfuerzos para correr el cerrojo con el que antes había cerrado la puerta, mientras sentía crecer el incendio a su alrededor y el fuego prendía en sus ropas. Por fin vuelto en sí, sabiendo que su salvación no estaba en la huida sino en el Señor, empuñó el escudo de la fe y de la oración, y, volviéndose con todo su ser hacia el Señor, se postró en medio de las llamas. Entonces por el poder divino el fuego se apartó, y, rodeado de llamas él oraba sin sufrir daño... hasta que los monjes forzando las puertas le sacaron del medio del fuego sin haber sufrido el menor daño (Vida de San Martín, Cta. 1.[a]).

SAN JERONIMO Dr. (m. 420)

San Jerónimo, monje de Belén, es uno de los cuatro Santos Padres de la Iglesia Latina, reconocido como Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, gran sabio y penitente. Su obra más importante fue la traducción de la Biblia, conocida como la Vulgata *latina (PL 22-30).*

1. Pues siendo cierto que el Apóstol nos manda orar siempre..., sin embargo, debemos tener señaladas las horas de

oración, y así, al hallarnos ocupados en los trabajos (al llegar la hora) el mismo tiempo nos amonesta a cumplir con nuestro deber.

Nadie debe ignorar las horas de tercia, sexta y nona y también la aurora y vísperas. Tampoco has de tomar bocado sin que preceda la oración, ni retirarte de la mesa sin dar gracias al Creador.

Por la noche es bien levantarse dos y aun tres veces para rumiar lo que sabemos de memoria de las Escrituras. Al salir de casa hemos de armarnos con la oración, y al volver de la plaza, antes hemos de orar que sentarnos, y no ha de descansar el corpezuelo antes de que se alimente el alma *(Cta. a Eustoquia).*

2. Ya sabemos que el alimento del alma cristiana es meditar día y noche en la ley del Señor *(Cta. a Florentina).*

Deja las ciudades y el tráfago de las ciudades y vive en alguna alquería (o casa solitaria), busca a Cristo en la soledad y ora solitario con Jesús en el monte *(Cta. al monje Paulino).*

Lleva de tal manera la solicitud de tu casa, que des también alguna vacación a tu alma. Escoge un lugar oportuno y un tanto apartado del estruendo de la familia. Acógete a él como a un puerto, como quien sale de una gran tormenta de preocupaciones. Calma con la tranquilidad del retiro las olas de los pensamientos que excitan los asuntos de fuera. Pon allí tanto empeño y fervor en la lección divina (o lectura de libros piadosos), sucédanse tan frecuentes tus oraciones, sea tan firme y denso el pensamiento de la vida futura, que fácilmente compenses con esta vacación todas las ocupaciones del tiempo restante. No digo esto porque intente retraerte de los tuyos; lo que intento más bien es que allí aprendas y allí medites cómo hayas de portarte con los tuyos *(Cta. a Celatia).*

3. Ya sabía yo de antes, Rufino carísimo, por la enseñanza de los Sagrados Libros, cómo Dios acostumbra dar más de lo que se le pide, y cómo, frecuentemente, nos concede lo que *ni ojo vio ni oído oyó, ni pasó por pensamiento de hombre (1 Cor. 2, 9);* pero ahora lo he experimentado en causa propia *(Cta. a Rufino).*

4. La mujer importuna de que nos habla el Evangelio (Mt. 15, 21-28), mereció finalmente ser oída; y el amigo (Lc. 11, 5-8), no obstante estar cerrada la puerta y acostados los criados y ser media noche, logró los panes de su amigo. Y Dios mismo, que por ninguna fuerza contraria puede ser forzado, se dejó vencer por las oraciones del publicano... Cristo levantó al ladrón de la cruz al paraíso y, porque nadie piense que la conversión es nunca tardía, hizo de un suplicio por homicidio un martirio. Cristo, digo, abraza con gozo al hijo pródigo que vuelve; y, dejadas las noventa y nueve sanas, el buen pastor trae sobre sus hombres la sola ovejuela que se quedara rezagada. Pablo es hecho de perseguidor predicador, queda ciego de los ojos carnales para que vea mejor con los del espíritu, y el que conducía encadenados ante el sanedrín de los judíos a los siervos de Cristo, se gloria más adelante de las cadenas que lleva por Cristo *(Cta. a S. Dámaso).*

5. Aunque seas pecador, si persistes en acudir a Dios con la oración, Dios te tratará como a hijo... Hay que ser insistente, pues El gusta de esta importunidad, y para conseguir sus gracias, vale más la importuna perseverancia que la misma amistad *(Hom. in Lc. 2).*

6. Dice el Señor: *Todo el que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama, se le abre* (Lc. 11, 10). Pues si es verdad que se da al que pide, que el que busca, halla, y que se abre al que llama a la puerta, como aquí afirma el Hijo de Dios; se concluye necesariamente que aquel a quien no se da, que no halla, o que no se le abre la puerta, es porque no ha pedido como debía, ni buscado con diligencia, ni llamado a la puerta con perseverancia *(Jn. Mateo 7).*

7. A nosotros toca el rogar..., a nosotros ofrecer lo que podamos, y a El darnos lo que de otra manera no podemos obtener *(Dial. cont. Pelag. lib. 3).*

8. Escrito está: "*A todo el que pide se le da*"; por tanto, si a ti no se te da, es porque no pides; pide, pues, y recibirás *(Migne 29, 581).*

9. No es suficiente que Dios me haya dado una vez, necesito de su ayuda siempre. Yo pido para recibir, y aunque haya recibido, sigo pidiendo. Soy avariento de los beneficios de Dios, y como éste nunca se cansa de dar, yo jamás me canso de recibir *(Ad. Pelag. Ep. 133).*

10. "Levantemos a Dios nuestros corazones al mismo tiempo que nuestras manos"; porque dos cosas deben concurrir en la presencia de Dios: es necesario que las buenas obras sostengan y den fuerza a la oración, al tiempo que la oración es preciso que confirme las buenas obras *(Jn. lament. Jerem. lib. 2).*

11. **Cuando nos ataque el demonio de la impureza, debemos recurrir inmediatamente a Dios.** Así que sintáis algún movimiento impuro, clamad a Dios y decidle: "¡Señor, Vos sois mi protector!" No debéis permitir que crezca en vosotros este mal pensamiento ni dejar que se forme en vuestra alma alguna porción de Babilonia. Quitad la vida a este enemigo antes que sea mayor y se haga fuerte; arrancad esa cizaña antes que tenga tiempo para crecer. "*Miserable hijo de Babilonia,* dice la Escritura, *dichoso aquel que toma tus pequeños hijos y los estrella contra la piedra*". En esta piedra está significado Cristo (Ep. a Eust.)

12. La caridad junto con la lección y meditación de las Escrituras hacen que nuestra oración sea "clamor del corazón y no de las solas palabras" (Reg. Monac. 14).

SAN PALADIO (m. 425)

Nació hacia el año 363 en Galacia, Asia Menor, a los veinte años marchó a Egipto, al desierto de Nitria con objeto de visitar a los monjes. A mediados del 400 fue consagrado obispo de Helenópolis, en Bitinia. Fue desterrado por el emperador Arcadio al Egipto Superior, durante este destierro recoge con so-

licitud las acciones edificantes de los anacoretas que desarrollará después en su "Historia Lausiaca". *Muere poco antes del Concilio de Efeso.*

No olvides que estás, naturalmente, expuesto a fluctuaciones bajo la acción del mal, visible e invisible, y sólo podrás gozar de la calma gracias a la oración ininterrumpida y a la solicitud por tus intereses espirituales (Ist. Lausiaca, Pról.).

El ángel que dio la Regla a San Pacomio determinó que a lo largo de la jornada se hiciesen doce oraciones: doce al anochecer, doce en las vigilias de la noche y tres a la hora de nona; en cambio, cuando la comunidad hubiere de comer, prescribió además que se cantara un salmo después de cada oración.

Entonces Pacomio objetó al ángel que eran pocas oraciones y éste respondió: "Lo he dispuesto así adrede con objeto de que también los débiles puedan cumplir la regla sin contristarse. En cuanto a los perfectos, no tienen necesidad de la ley, pues cada uno dentro de su celda consagra su vida entera a la contemplación de Dios..." (Hist. Laus. c. 32).

SAN AGUSTIN, Dr. (m. 430)

San Agustín es, sin duda, el más grande de los Santos Padres, y uno de los genios más eminentes de la humanidad. Su influencia sobre la posteridad ha sido continua y profunda. Su autobiografía, "Las Confesiones", *es su obra más leída y de gran contenido ascético. Pero el tema más importante de la doctrina espiritual agustiniana, y por el que ha influenciado más en las generaciones posteriores, ha sido, sin duda, el tema de la necesidad de la oración (PL 32-47).*

I. LA GRACIA Y LA ORACION

San Agustín es considerado como el Gran Doctor de la Gracia, y por lo mismo, el Gran Doctor de la Oración.

Es de fe que sin la ayuda de la gracia no podemos guardar los mandamientos y vivir cristianamente; y San Agustín nos asegura que, sin la oración, no podremos tener asegurada la gracia que nos es imprescindible para obtener la victoria en la lucha contra las tentaciones.

En su lucha contra los pelagianos les dice San Agustín: "El Señor no ha dicho: Sin mí difícilmente podéis hacer algo", sino que afirmó rotundamente: "Sin mí, nada podéis hacer" (Jn. 15, 5).

Todos los escritos del Santo Doctor están plagados de textos donde nos dice: "Es verdad que el hombre ahora con solas sus fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida, no puede observar algunos mandamientos; pero tiene en sus manos la oración y con ella podrá alcanzar las fuerzas que necesita para guardarlos. Estas son sus textuales palabras: "Dios no manda cosas imposibles, pero cuando manda, te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda con su gracia para que lo puedas". Tan célebre llegó a ser este texto del gran Doctor que el Concilio de Trento se lo apropió declarándolo dogma de fe (Sessio VI, cap. 11).

Que nadie pregunte: ¿Cómo podrá el hombre hacer lo que no puede? ¿Cómo? —Recurriendo a Aquel que se lo manda y que no puede mandar cosas imposibles. Pues lo que es imposible sin la gracia, no es imposible con ella, y ésta está siempre a tu alcance si acudes a la oración.

"Veamos por dónde puede y por dónde no puede: lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina de la oración"

Y concluye diciendo: "Los pelagianos piensan que saben algo muy importante cuando dicen: "Dios no puede mandar lo que sabe que el hombre no puede hacer". Pero, ¿quién ignora esto? Claro que Dios no manda lo que el hombre no puede; pero por eso nos manda cosas que no podemos, para que así sepamos qué es lo que tenemos que pedirle. Pues esta es la fe, que orando se pide (y se consigue) lo que en la ley se nos manda (De Grat. et lib. Alb. lib. 1, c. 16).